

Camille Romanetto

Los duendecillos

Traducción de Iballa López Hernández



a

errata naturae





Madenn y su abuelo llevaban toda la mañana recorriendo la colina.

—¿Puedo quitarme la rebeca ya? —preguntó Madenn.

—¡He encontrado algo! —se limitó a exclamar él.

El abuelo era buscador de metales, cazatesoros. A la niña le gustaba acompañarlo en sus paseos. A veces tenían conversaciones profundas por el camino. Otras, guardaban silencio y ella aprovechaba para explorar los alrededores. Pero siempre había un momento en que el detector de metales empezaba a sonar, señal de que ahí debajo algo estaba pidiendo que lo sacaran. Y, en ese mismo instante, sonaba muy fuerte. El abuelo se arrodilló y se puso a cavar. Madenn bajó la pendiente como una flecha para reunirse con él arrojando a un tiempo la rebeca a la hierba alta. Aunque aquella zona solía ser fresca, se acercaba el mediodía y el sol calentaba la espalda agradablemente.

El abuelo se hizo a un lado para que hurgara en el hoyo. A la niña se le iluminó la cara. Sacó un puñado de tierra y lo sacudió con delicadeza. Por desgracia, no estaban de suerte: el tesoro no era más que un gran clavo torcido. Aun así, era bonito, con esa forma que recordaba a un corazón. Al ver la cara de decepción de su nieta, el abuelo exclamó:

—¡Mecachis!, ¿has visto qué hora es? ¡La abuela debe de estar esperándonos!

Madenn pensó que lo que tenía era hambre, porque la abuela no solía esperarlos pendiente del reloj. La prueba era que se puso a tararear la canción de las tripas mientras recogía sus cosas:

*Me lo estoy pasando pipa,
pero me suenan las tripas.
Dadme sopa de fideos
o me callo, no bromeo.*

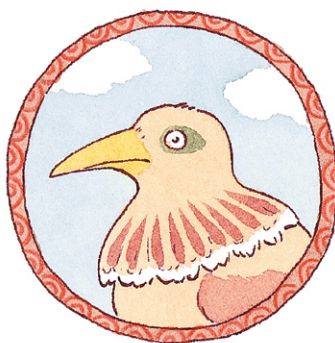
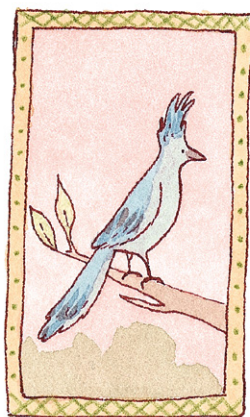
Bajaban cantando por la colina cuando Madenn recordó que se había dejado la rebeca. Fue a buscarla a toda prisa. Había aterrizado en un matorral de helechos, en la linde del bosque que bordeaba la colina. Al inclinarse para recogerla, una mancha roja de lo más extraña atrajo su mirada bajo los arbustos. Nunca antes había visto nada de un rojo tan vivo. No podía tratarse de una amapola; sabía muy bien que no crecían por allí. Separó algunas ramas y se acercó a aquella cosa tan rara. Después, la recogió.

Se trataba de un cono diminuto de lana, no más grande que su pulgar.

Seguro que era un tesoro espléndido. Se lo guardó en el bolsillo y corrió a reunirse con el abuelo.

Al llegar al pie de la colina, encontraron a la abuela tal y como la habían dejado por la mañana, apenas unos centímetros más allá, atareada pintando grandes flores en los muros de la casa.







CAPÍTULO PRIMERO

*En el que se habla de una visita nocturna
y de un intento de robo.*

Todas las noches la abuela le leía dos historias a Madenn, una triste y una alegre. Bueno, a decir verdad, no leía. Se colocaba el abultado libro de cuentos en el regazo y comenzaba con las primeras frases, pero siempre acababa inventándose el resto. Hacía comentarios sobre el aspecto de los personajes, se demoraba en la descripción de los paisajes que más le llamaban la atención o cambiaba el final a su antojo. De tal manera que aquel libro contenía un sinfín de historias nuevas.

Madenn estaba acurrucada contra la abuela, que olía tan rico que daban ganas de hundirse en ella como en un flan blandito. Sus enormes pechos eran, para la pequeña, un cojín mullido y cálido. Mientras escuchaba, dejaba vagar la mirada por aquel cuarto que tanto le gustaba. De hecho, lo llamaban «el cuarto de Madenn», aunque en realidad solo dormía allí en vacaciones. De las paredes colgaban retratos de aves exóticas. Y ella se había inventado un nombre para cada una: la turulleta de cresta azul, el garañato con gorguera, la cigadela encopetada, el arandanillo de las llanuras...

Le encantaba recitarlos para sus adentros antes de dormirse.

Y esa noche, después de los cuentos de la abuela, se quedó dormida en un periquete.



Sin embargo, su apacible noche terminó antes de lo previsto cuando, a eso de las cuatro, la despertó un ruido muy raro procedente de la ventana.

¡TIPITIPITIPITAP!

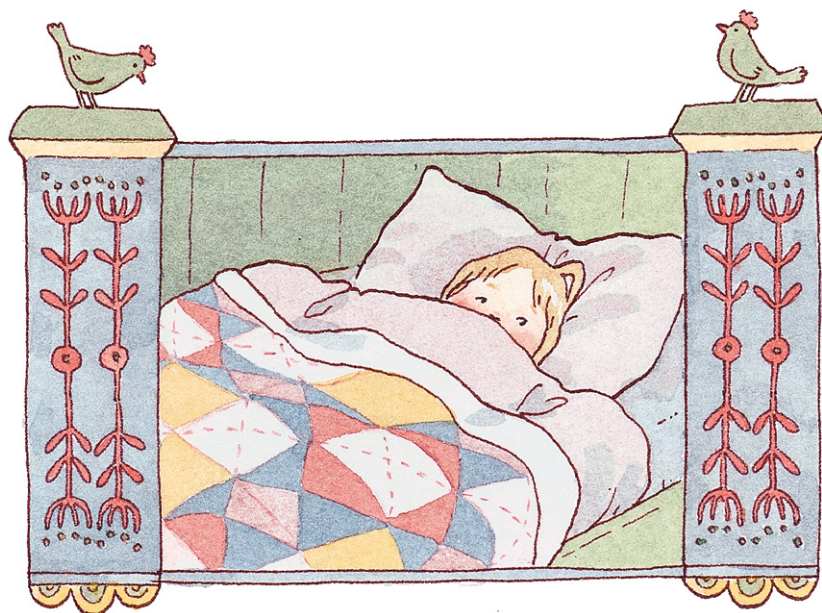
Estaba a punto de dormirse de nuevo cuando el sonido se repitió, más fuerte y más cerca aún.

¡TIPITIPITIPITAP! ¡TIPITIPITIPITAP!

Pero, bueno, ¡esas no son maneras! ¿Quién diantres se atrevía a molestar a una niña en mitad de la noche?

Sin moverse un ápice, Madenn abrió los ojos. Frente a ella, el marco de la ventana se recortaba en la oscuridad. Nunca quería cerrar los postigos, le encantaba despertarse con el sol. Esa noche, la luna brillaba tanto que pudo distinguir una silueta pequeña, no más alta que un ratoncito gordezuelo erguido sobre las patas traseras, paseando por su mesilla de noche. No, no estaba paseando. Más bien parecía nerviosa, por no decir bastante enfadada.

De allí venía el ruido.



El bicho (¿sería un roedor?) estaba intentando abrir su Caja de los Tesoros. Presionaba, tiraba en todas direcciones, golpeaba la cerradura... Estaba claro que ignoraba que solo se abría con la llave adecuada.

La abuela había traído esa caja de uno de sus viajes a Islandia. Contaba que la había hecho a mano un guapo islandés que le había propuesto matrimonio. Como ella había rechazado la oferta, él insistió en que se quedara con la caja, en la que había encerrado su amor. Había llovido mucho desde entonces, y la abuela se la había regalado a Madenn para que guardara su valiosa colección de tesoros.



Algunas noches, no se sabe qué pensar,
¿seguirá el mundo igual al despertar?

Sea como fuere, a la vista estaba que la extraña criatura tenía intención de robar alguno de los maravillosos objetos que había en su interior. ¡De eso ni hablar! Los había encontrado ella y, por lo tanto, le pertenecían. Después de todo, por algo la llamaban «el Coco» en el colegio. Defendía sus posesiones con uñas y dientes, y odiaba compartir. Se ponía hecha una furia si algún niño intentaba cogerle algo suyo. En realidad, los tenía a todos atemorizados. Aunque no lo hacía aposta, no podía remediarlo.

En su Caja era todo tan bonito... La piedra con un agujerito por el que había pasado un hilo, como un collar prehistórico; la minúscula rana de cerámica; el pendiente de la abuela, adornado con una piedra amarilla; el guijarro centelleante; el precioso broche con forma de gato sin cola; el molinillo de agua que le había hecho el abuelo; el clavo torcido y el pequeño cono de lana roja que había encontrado esa misma mañana en la colina. Ah, sí, el cono de lana roja...

Cuando Madenn extendió una mano hacia la caja, la criatura se asustó y salió disparada —TIPITIPITIPITAP— por donde había llegado.

Aún no había asomado el sol y no era el momento de hacerse preguntas; la niña se aovilló entre las sábanas calentitas y volvió a quedarse dormida.



CAPÍTULO SEGUNDO

*En el que se cuenta que a Madenn la volvieron a despertar
en mitad de la noche y que descubrió un lugar desconocido y misterioso.*

Habían pasado tres días desde que el sorprendente bichito se había colado en el cuarto de Madenn en mitad de la noche. La niña había seguido con sus actividades favoritas: acondicionar la cabaña en el Gran Castaño, ir de pícnic al arroyo y, cómo no, buscar tesoros con el abuelo. A veces recordaba aquella noche como un sueño extraño y agradable. Igual que cuando soñamos que tenemos una bici nueva y rutilante y, al despertar, ya no sabemos si estará esperándonos en el garaje o si solo lo hemos soñado.

Justo antes de irse a la cama, y después de los dos cuentos de la abuela (esa noche le había leído una preciosa aventura sobre hadas que nacen en primavera), Madenn abrió su Caja de los Tesoros para comprobar que todo estuviera en su sitio. El collar prehistórico, la rana de cerámica, el pendiente de la abuela, el guijarro centelleante, el broche de gato, el molinillo de agua, el clavo torcido... y el pequeño cono de lana roja. Es cierto que aquel extraño objeto le recordaba a algo... Quizá a aquella historia que la abuela contaba a veces... No, no podía ser, ¿o sí?

Esa noche, al igual que tres noches antes, la despertó un ruido que venía de la ventana.

¡TIPITIPITIPITAP!

¡Ah, no! ¡Esta vez no se le iba a escapar así como así! De modo que abrió bien los ojos y contuvo la respiración para no asustar al visitante nocturno. Había luna llena, por lo que se veía casi como en pleno día. El intruso se dirigió hacia la Caja de los Tesoros, pero frenó en seco al toparse con la mirada de la niña, que lo observaba desde la cama. Los dos se quedaron inmóviles, paralizados por el miedo y la emoción. Se examinaron unos segundos que el tiempo que tardó en polvorosa. ¿Otra que era el colmo! cama, se envolvió en zapatillas, cogió al toso de la mesita y se tana a la caza de



mutuamente durante les parecieron eternos, el bicho en poner pies vez? ¡Vaya!, ¡aquello sí Madenn saltó de la la colcha, se puso las vuelo un par de obje- escabulló por la ven- aquella curiosa criatura.

El aire era sorprendentemente templado, seguro que las zapatillas se le calarían un poco con la hierba húmeda, pero al menos no pasaría frío. Aspiró el delicioso aroma de la noche, mezcla de madera mojada, setas y heno recién cortado, y se detuvo unos instantes para disfrutar de él. Solo unos instantes. No mucho. No era momento de estar en Babia. A lo lejos aún distinguía la cabecita que aparecía y desaparecía

entre la hierba alta al ritmo de su carrera desenfrenada. En realidad, ella quería seguirla en secreto, sin alcanzarla.

La niña cruzó el prado (efectivamente, se le empaparon las zapatillas, pero por dentro los pies estaban secos... El abuelo tenía razón, era un calzado excelente). Después pasó por delante del Gran Castaño, en cuya copa se ocultaba su cabaña. A pesar de que le entraron ganas de pararse a arreglar aquella balda que se estaba soltando de una rama, se contuvo: no debía quitarle ojo a aquella... aquella..., hmmm, ¿dónde se había metido?

A la entrada del sotobosque, su mirada se perdió en el montón de ramitas, hojas secas y raíces cubiertas de musgo sin detectar el más mínimo movimiento. El bosque parecía tan tranquilo y acogedor... El suelo crujía bajo los pies de Madden. Tras echarle un vistazo soñoliento, una ardilla recorrió a toda velocidad la rama que quedaba justo encima de su cabeza. Parecía que se hubiera caído de la cama. Unos árboles más allá, se oyó un aleteo.

«A este paso voy a despertar a todo el bosque. A las ardillas, a las urracas...», suspiró. «¡Qué le vamos a hacer, ya se echarán una siesta!».

A partir de aquí solo contaría con su instinto para orientarse. ¿No decía el abuelo que era el mejor consejero? De hecho, tenía hasta una canción al respecto. ¿Cómo era?

¡Ah, sí!



Si buena suerte quieres tener, con una sonrisa la has de acoger.
¡Deja que te guíe el corazón e irás en la buena dirección!